

## CAPITULO XVIII.

*Pronunciacion ó recitacion.*

LA última parte de la elocuencia es la pronunciacion, ó recitacion. Por un célebre dicho de Demóstenes, que refieren Ciceron y Quintiliano, se ve cuan grande aprecio hacia de ella el mayor de todos los oradores. Preguntado cual era la primera parte de la oratoria, respondió: la recitacion. Preguntado por la segunda, y despues por la tercera, respondió siempre la recitacion. No es de maravillar, pues, que para mejorarla hubiese practicado tan continuas y penosas diligencias como nos cuentan los antiguos: ni se ha de creer que el manejo de la voz y del gesto pertenezca solamente á la decoracion; pues está íntimamente enlazado con la persuacion; la cual es el fin de toda elocucion pública.

El tono de voz, nuestras miradas y nuestros gestos son intérpretes de las ideas y las conmociones, tan bien como las palabras: y aun tienen sobre estas la ventaja de ser el lenguaje de la naturaleza. Tanta verdad es esta, que el que hablando no ayuda las palabras con los tonos y acentos convenientes, hará en nosotros una impresion débil y confusa: y á veces nos hará dudar, si siente lo que dice. Cuando M. Calidio acuso á uno de haber intentado envenenarle; lo hizo con tal frialdad, que Ciceron defendiendo al acusado le contestó: *¿An tu M. Callidi, nisi fingeres, sic ageres?*

Conocida la grande importancia de una buena pronunciacion, paso á hacer acerca de ella las observaciones siguientes. El orador publicó al formar su recitacion ha de atender: 1.º á hablar de modo, que completa y fácilmente le entiendan cuantos le escuchan: 2.º á hablar con gracia y con fuerza; á fin de agradar y mover al auditorio.

Para lo primero son menester un grado debido de altura de voz, claridad, detencion, y propiedad en la pronunciacion.

1.º Ha de procurar llenar con su voz el espacio que llena el concurso. Este es en parte un talento natural; pero puede recibir del arte considerables ausilios: pues depende mucho del tono propio y del manejo de la voz. Todos tenemos tres tonos de voz; alto, mediano, y bajo. El alto sirve para hablar á los que estan distantes; el bajo para hablar al oido; y el mediano para la conversacion, y el que por lo ordinario se ha de emplear en los discursos públicos. No se ha de confundir el cuerpo ó la fuerza del sonido con la clave ó el tono. Sin mudar este se puede llenar mas la voz: y si empezamos en el tono mas alto, nos esponemos á que nos falte la voz antes de acabar. Aunque esto no llegue á suceder, hablaremos con trabajo; y los oyentes nos escucharán con pena. Por esto dando á la voz fuerza, y un sonido lleno, la hemos de tomar siempre del tono ordinario, y cuidaremos de no sacar mas voz, que la que podamos sostener sin pena ó sin especial esfuerzo.

2.º Para que á uno le oigan bien, contri-

buye mas una articulacion clara, que un sonido lleno. Se ha de dar á cada sonido su debida proporcion; y hacer que se oigan distintamente todas las silabas, y aun todas las letras, sin confundir ni suprimir ninguno de los sonidos propios.

3.º Se requiere moderacion en la ligereza de pronunciar: porque la precipitacion confunde la articulacion y el sentido de lo que se habla; y en habituandose á esto hay pocos vicios mas dificiles de corregir. La pronunciacion con una detencion conveniente, y con una articulacion clara y llena, da peso y dignidad al discurso: alivia la voz del orador con las pausas, y sirve á este para que conserve el señorío de si mismo. Por todo esto dice Quintiliano: *promptum sit os, non præceps; moderatum, non lentum.*

4.º Ademas de esto ha de estudiar el orador la propiedad de la pronunciacion: esto es, ha de dar á cada palabra el sonido, que la señala el uso mas bien recibido del language. Las reglas para esto solo pueden darse de viva voz. Con todo se puede decir, que á cada palabra se ha de dar precisamente en la elocucion pública el mismo acento que en la conversacion ordinaria: y es error creer, que hablando en público y con magestad, se han de pronunciar las silabas de diferente manera que en otras ocasiones.

Mas en la recitacion son prendas mas elevadas el énfasis, las pausas, los tonos, y los gestos: y estas prendas se han de manifestar, no solo en las partes mas trabajadas y patéticas de un discurso, sino en una elocucion llana y nada apasionada.

Por énfasis se entiende un sonido de voz mas fuerte y mas lleno; que sirve para distinguir la silaba acentuada de alguna palabra, en la cual intentamos poner una fuerza particular, y mostrar la que da á las demas. Del buen manejo del énfasis depende todo el espíritu y la vida toda de un discurso. Si se coloca mal, se confunde enteramente el sentido. La pregunta sencilla: «¿va vm. hoy á la corte?» es susceptible de tres ó cuatro acepciones diferentes segun se coloque el énfasis sobre las palabras. ¿Va vm. hoy á la corte? «no; que envió allá en mi nombre á mi criado.» ¿Va vm. hoy á la corte? «no; que voy al campo.» ¿Va vm. hoy á la corte? «no; que iré mañana.» En las siguientes palabras del Salvador, observense los diferentes aspectos que toma el pensamiento, segun el énfasis con que se pronuncian las palabras. «Judas ¿vendes tú al hijo del Hombre con un ósculo?» «Vendes», hace que la imprecacion recaiga sobre la infamia de la traicion: «Vendes tú», hace que recaiga sobre la conexion da Judas con su Maestro. «Vendes tú al Hijo del Hombre», recae sobre el carácter personal y eminente del Salvador. «Vendes tú al Hijo del Hombre con un ósculo», estribia en prostituir la señal de paz, y de amistad, haciéndola seña de destruccion. Para manejarse el orador con énfasis debe adquirir idea exacta de la fuerza y del espíritu de los sentimientos que ha de proferir: y despues de leído y recitado el discurso en su gabinete, le convendrá buscar el énfasis propio ántes de pronunciarlo en público, señalando con

la pluma las palabras enfáticas, á lo ménos en las partes mas espresivas, para fijarlas bien en la memoria. Pero si se multiplican demasiado estas palabras; si ocurren muy amenudo; si el orador se empeña en dar mucha importancia á todas las cosas; nos acostumbrará bien pronto á hacer poco aprecio de ellas.

Las pausas son de dos maneras; pausas enfáticas, y pausas de sentido. Se hace una pausa enfática, cuando se acaba de decir alguna cosa de entidad, en que necesitamos fijar la atencion de los oyentes. Las pausas para señalar las divisiones del sentido, y dar lugar al orador para que respire, piden mucha delicadeza en su colocacion conveniente y graciosa. Pide un gran cuidado el manejo de la respiracion; para no verse precisado el orador á separar una de otra palabras de conexion tan intima, que se deben pronunciar de una alentada, para no trincar lastimosamente la sentencia, y destruir la fuerza del énfasis. A fin de evitar esto ha de cuidar el orador de tomar aliento suficiente para lo que ha de decir. El sentido debe ser siempre el que arregle las pausas de la voz: pues en habiendo en esta alguna suspension sensible, imaginá luego el oyente que se le va á decir alguna cosa notable. En los discursos públicos se han de disponer las pausas, de la misma suerte que en una conversacion importante; y para que sean graciosas y espresivas, han de ir acompañadas del tono que indique su naturaleza. Unas veces basta una breve suspension de la voz; otras se requiere en esta alguna ca-

dencia; y otras aquel tono que denota haberse dado fin á la sentencia. Véase lo que el autor dice en la leccion xxix, acerca de la dificultad de poner bien las pausas en la lectura ó recitacion de los versos

Los tonos son diferentes del énfasis y de las pausas: y consisten en la modulacion, y en las notas ó variaciones del sonido que empleamos en la elocucion pública. A casi todos los sentimientos, mayormente á todas las conmociones fuertes, ha adaptado la naturaleza un tono peculiar; de tal manera, que nadie creeria al que dijese, que se hallaba angustiado y atormentado, y que lo pronunciase en un tono que no correspondiera á semejantes conmociones: porque uno de los medios mas poderosos para persuadir es la simpatia; y para inspirar esta el orador ha de preferir sus sentimientos de manera que convenza al auditorio de que los experimenta en si mismo. La regla mas esencial para ello es formar los tonos de la elocucion pública por los de una conversacion interesante y animada. Sea que uno hable privadamente, ó en un concurso público, acuérdesse siempre de que habla. Siga á la naturaleza: considere como nos enseña esta á espresar un sentimiento ó afecto: imagine, que se ha suscitado entre hombres graves y sábios una conversacion de importancia; que toma parte en ella: reflexione, que manera, y con que inflexiones de voz se explicaria en ocasion semejante; si tratara de que la escuchasen atentamente: y llevando estos tonos ó inflexiones de voz al foro, al púlpito,

y á toda junta popular, sean el fundamento de su manera de recitar en público; seguro de que su recitación sera tan agradable como persuasiva. Esto no quita, que en algunas ocasiones por la gravedad de la materia se eleve sobre el tono ordinario; ó que en una oración estudiada la elevación del estilo y la armonía de las sentencias pidan casi necesariamente una modulación de voz mas redondeada que la de la conversación, y que se roce casi con la musical. En una palabra, para la perfección de la recitación se requiere, que el orador posea completamente la manera de hablar con alma y facilidad, y la de declamar con dignidad y con pompa; y que haga uso de estas dos maneras diferentes, segun lo exijan las diversas partes del discurso. Para esto la regla, que nunca debe olvidarse, es copiar los tonos propios para espresar nuestros sentimientos; hablar siempre en voz natural; y no formarnos una manera estrafalaria, por el capricho de que es mas bella que otra:

... *Loquere: hoc vitium commune est, loquatur Ut nemo; at tensa declamitet omnia voce. Tu loquere, ut mos est hominum. Boat et latrat ille:*

*Ille ullulat, rudít hic (fari si talia dignum est.)*

*Non hominem vox ulla sonat ratione loquentem.*

Joannes Lucas, de Gestu et voce. lib. II.

Por lo que hace al gesto, ó lo que se llama acción en los discursos públicos; es de

observar, que aunque algunas naciones animan las palabras con mas movimientos de cuerpo que otras; no se encontrará apenas persona tan flemática, que no las acompañe con algunas acciones y gestos, siempre que esté muy enfervorizada. Para la propiedad de esta acción se ha de atender, como en los tonos, á los gestos y miradas con que se espresan mas ventajosamente en el trato humano la compasión, la indignación y cualquier otro afecto; á fin de regirse por ellos el orador. Hay miradas y gestos comunes á todos los hombres: y hay tambien ciertas particularidades, que distinguen la manera de cada uno; y el orador público ha de tomar la que le sea mas natural. Para esto puede ayudarle mucho el estudio, ó el arte. Hay personas naturalmente desgraciadas en sus movimientos: pero esta falta de gracia puede reformarse, á lo menos en parte, con la aplicación: cuidando de evitar las contorsiones y demas movimientos desagradables, y aprendiendo á ejecutar los mas naturales y congruentes al orador. En orden á las reglas particulares Quintiliano dejó muchísimas en el último capítulo del *lib. ix*: y aunque no pueden servir de mucho, sino se ven ejecutadas, aventuro las siguientes. El orador público ha de conservar la posible dignidad en la actitud de todo el cuerpo, escogiendo generalmente una postura recta, algo inclinada hacia adelante, como por una espresión natural de interés. Su semblante ha de corresponder á la naturaleza del discurso: y cuando no espresé alguna conmo-

cion especial, lo mejor es un mirar sério y grave. Los ojos nunca estaran fijos sobre un mismo objeto. Lo natural es emplear con mas frecuencia la mano derecha, que la izquierda: pero las conmociones ardientes piden la accion de ámbas manos, con movimientos siempre desembarazados. Los movimientos oblicuos son en general los mas graciosos: pero ni estos ni otros sean jamas súbitos y ligeros.

Sobre todo, para recitar con acierto, ha de cuidar el orador de que no se le trasluzca aquella agitacion de espíritu, peculiar de los que comienzan á hablar en público: y ha de huir de toda afectacion. Como la manera sea propia, y no imitada, ni tomada de algun modelo imaginario que no le sea natural, agradará; aunque vaya acompañada de algunos defectos; porque muestra al hombre; y hace ver, que lo que dice le sale del corazon. Véase la leccion XXIX.

### CAPITULO XIX.

*De los medios de adelantar en la elocuencia.*

No es empresa fácil ser orador verdaderamente elocuente: aunque no sea muy difícil componer una arenga florida sobre un lugar comun, y pronunciarla de modo que agrade al auditorio. La elocuencia es el ejercicio mas grande de las facultades del hombre; el arte de persuadir y convencer; y el arte, no de agradar solamente á la fantasía, sino de hablar al entendimiento y al corazon;

interesando á los oyentes en tanto grado, que los llevemos en pos de nosotros, y los dejemos profundamente penetrados de lo que decimos. Para esto se necesitan una imaginacion fuerte, viva, y fogosa; un corazon dotado de mucha sensibilidad, y presencia de ánimo; y atencion continua al estilo y la composicion, acompañado todo de las prendas exteriores de una presencia no desagradable y de una voz llena y sonora.

Si por este conjunto de circunstancias no es fácil hallar un orador perfecto; hay tanta distancia de la mediania á la perfeccion, que da campo á llenar con honor los lugares intermedios. La elocuencia puede ademas dar varias formas á lo que en su concepto es grande: y á nos lo representa como llano y sencillo, ya como elevado y patético: y aquel que no pueda alcanzar á lo último, puede brillar en lo primero.

Cuestion es de poco momento, si la naturaleza ó el arte contribuyen mas á formar un orador. En toda adquisicion la naturaleza es siempre el agente principal; como que dando el talento esparce las primeras semillas: pero es necesario el cultivo de estas para llevarlas á sazón. Hechas estas observaciones pasemos á los medios de adelantar en la elocuencia.

El 1.º es el carácter y la disposicion personal. Los romanos decian *non posse oratorem esse, nisi bonum virum*. No hay cosa mas á propósito para persuadir, que la opinion de la providad, del desinteres, candor, y otras buenas prendas del que intenta persuadirnos. Por el contrario, si tenemos

alguna sospecha de la mala fe y doblez del orador, de su corrupcion ó bajeza de ánimo; podrá divertirnos con sus discursos: pero estos serán mirados como un artificio, ó mero entretenimiento; y no nos harán efecto alguno. Además la virtud nos inspira una emulacion generosa para sobresalir en los estudios honrosos: nos aficiona al trabajo; deja al espíritu desembarazado de las pasiones pecaminosas, y de cuanto pudiera ser un obstáculo á los verdaderos adelantamientos. Por esto dice Quintiliano, *quod si agrorum nimia cura, et sollicitior rei familiaris diligentia, et venandi voluptas, et dati spectaculis dies multum studiis auferunt, ¿quid putamus facturas cupiditatem, avaritiam, invidiam? ¿Quid inter hæc litteris aut ullæ bonæ arti locus! Non hercle magis quam frugibus in terra sentibus ac rubis occupata....* Los sentimientos mas eficaces para mover los corazones de otros se deriban de una virtud sólida y verdadera. Malo como es el mundo, ninguna cosa tiene un imperio tan grande y universal como ella sobre los ánimos de los hombres: y solo el que esté penetrado de sentimientos honrados, y de la virtud, podrá hablar al corazón el lenguaje propio de este.

Los oradores mas célebres, como Demóstenes y Ciceron, no se distinguieron mas por su elocuencia que por algunas calidades nobles, como el patriotismo, y el zelo. A estas virtudes debió su elocuencia mucha parte de los grandos efectos que produjo; y en prueba de esta verdad vemos, que son y

han sido en todos tiempos mas celebradas aquellas oraciones, en que se descubre mas patriotismo y mas zelo. Así el verdadero orador debe tener pensamientos generosos, sentimientos vivos, y un ánimo dispuesto á admirar todo lo grande. Junto con estas virtudes heroicas debe poseer una sensibilidad la mas fuerte y tierna á los agravios, incomodidades, y trabajos de sus semejantes: un corazón compasivo; y que se acomode facilmente á las circunstancias de otros, y sepa ponerse en su lugar; en fin, un fondo de modestia y valentia, que no desdigan la una de la otra.

El 2.º es un buen caudal de conocimientos. Ciceron y Quintiliano repetian muchas veces: *quod omnibus disciplinis et artibus debet esse instructus orator*; entendiendo por estas palabras la instruccion en todas las artes liberales, y el estudio de la filosofia y la politica. La atencion al estilo, á la composicion, y á todas las artes de la elocuencia, puede ayudar al orador á esponer útilmente el caudal de materiales que posea: pero este caudal no se hallará en la retórica; y es preciso ir á buscarle en otra parte. El abogado debe tener un conocimiento cabal de las leyes, y estar instruido en cuanto pueda ser útil para defender la causa, y convencer al juez. El predicador se ha de aplicar al estudio de la teologia, de la religion práctica, de la moral, y del corazón humano; para que inteligente en todas estas materias pueda instruir y persuadir al auditorio. El que haya de ser individuo de alguna junta publica, debe tomar

un conocimiento esacto de los negocios en que entienda áquel cuerpo. Pero ademas, el que deseara sobresalir en la elocuencia de cualquier género; ha de tener en todas las artes liberales todo el conocimiento que le permitan sus indispensables ocupaciones; sin omitir el estudio de la poesia, para que le sugiera imágenes vivas, y alusiones agradables, y el de la historia para que le presente hechos y caractéres ilustres de que valerse en ocasiones: *In primis vero, dice Quintiliano, lib. XII. cap. 4 abundare debet orator exemplorum copia cum veterum turo etiam novorum: adeo ut non modo quæ conscripta sunt historiis, aut sermonibus velut per manus tradita, quæque quotidie aguntur debet nosse; verum ne ea quidem quæ à clarioribus poetis sunt ficta, debeat negligere.*

3.º Necesita el orador de una aplicacion habitual y continua al trabajo. Sin ella es imposible sobresalir en cosa alguna. Esta es la ley constante de la naturaleza: y es necesario tener de si mismo una idea muy alta, para juzgarse escepcion de regla. Es ley sabia, á la verdad, porque el trabajo es *condimentum* del placer: y sin él se no haria lánguida y pesada la vida. Por tanto el que intente sobresalir en la oratoria, ha de estar poseido de un fuerte entusiasmo por este arte: entusiasmo, que le distinguirá mas que ninguna otra señal; y que acalorando su ánimo le dispondrá á sentir una dulce complacencia en cualquier género de trabajo que contemple preciso. Por este entusiasmo se han distinguido los oradores

célebres de la antigüedad: y por él, y desde la juventud, deben distinguirse los modernos que quieran seguir sus huellas.

4.º Los modelos contribuirán sin duda alguna á los adelantamientos del orador, siempre que estén bien escogidos, y cuidando de no dejarse seducir, ni admirarlos en todo á ciegas: porque *decipit exemplar vitii imitabile*. Aun en los mas acabados debemos discernir unas cosas de otras porque siempre se encuentran algunas, que nó deben ser imitadas, ó por su naturaleza, ó por la diversidad de las circunstancias. Pero ninguno debe limitarse á seguir servilmente un solo modelo: porque este le arrastraria fácilmente á una imitacion defectuosa y afectada: y todo su conato debe ser entresecar de varios las ideas mas propias de perfeccion. Sobre la imitacion del estilo de un autor particular, no debe olvidarse que hay mucha diferencia entre el lenguaje escrito y el hablado. Un libro, como se escribe para leerse, necesita de una especie de estilo; y el que haya de hablar en público debe usar de otro. Al que pronuncia un discurso puede permitirsele un estilo mas fácil y copioso, y ménos sugeto á las reglas. Las repeticiones pueden serle frecuentemente necesarias; porque su discurso se oye una vez sola; y el oyente no tiene la ventaja, como cuando lee un libro, de volver atras, y detenerse en lo que no ha entendido. Por esto el estilo de muchos autores, como el de Saavedra y el de Mendoza, pareceria árido, afectado y obscuro; si por una imitacion servil lo trasladásemos á una oracion popular. Por

el contrario convendrá, que estudie á Cervantes, y mas al V. Granada, el que trate de formarse para hablar en público, aunque no perdiendo de vista sus defectos.

5.º Además de la atención á los mejores modelos se ha de proponer el orador un continuo ejercicio, tanto en componer como en hablar: y la especie de composición mas útil es sin duda, la que dice una relación mas cercana con la profesión á que uno se aplique. Pero ha de cuidarse tambien de no entregarse demasiado á componer con negligencia en un mismo género. El que aspire á hablar, ó á escribir con estilo correcto, ha de procurar hacerlo con propiedad, aun en las composiciones mas triviales; y ha de poner mucho cuidado aun al escribir una carta. Tampoco ha de olvidar, que cada materia tiene su estilo propio: y que darle otro diferente, ú opuesto, seria un defecto grosero. A los que estudian alguna profesión se ha recomendado siempre, que se ejerciten en hablar: á fin de que se adiestren para cuando hubieren de hacerlo en público. Las academias formadas con este fin son unos institutos muy dignos de alabanza; siempre que en ellas un número decente de profesores, gobernados por un mismo espíritu, y aplicados á una misma ciencia, se congregen con el objeto de prepararse á explicar en público las materias, que despues tendrán por lo comun que ventilar. Si en ellas no se tiene otro objeto que hacer alarde de sus talentos; son no solo inútiles, sino perjudiciales: porque los que empleando el tiempo en otras materias, podrian

ser útiles á la sociedad; son aqui arrastrados á planes quimericos de hacer figura en ciertas cosas: que los distraen de sus primeras obligaciones; y los alejan demasiado del método de vida que les conviene.

6.º Ni se ha de mirar con desprecio el estudio de los críticos y retóricos antiguos: ni se debe esperar mucho de su lectura: porque tienen el defecto de ser muy sistemáticos; por manera, que al leerlos creeria cualquiera, que se propusieron formar por reglas un orador, de la misma manera que se forma un carpintero: cuando todo lo que puede hacerse en este punto, es contribuir á formar el gusto, y señalar al ingenio el sendero que debe seguir. Aristóteles echó los cimientos de cuanto se ha dicho despues sobre esta materia: y fue el primero, que arrancó la retórica de manos de los sofistas; é hizo de ella un arte fundado en raciocinios y la luz natural. Todavía adelantaron mas Demetria Falereo, y Dionisio de Halicarnaso. Uno y otro escribieron sobre la estructura de las sentencias, y merecen ser leidos, con especialidad Dionisio. Apenas es necesario recomendar los tratados retóricos de Ciceron. Su obra mas apreciable es el tratado de *oratore*, por su diálogo ameno, caracteres bien sostenidos, y conducta agradable y hermosa. Su *orator ad M. Brutum* es tambien de mucho mérito. Pero de todos los retóricos antiguos el mas instructivo y útil es Quintiliano. En sus instrucciones oratorias logró reducir á un órden escelente todas las ideas de los antiguos relativas á la retórica: y á pesar de que

en algunas partes se observe un sistema demasiado artificial, no debe dejar de leerse ninguna: porque entre cuantos se han aplicado á este estudio, no se hallará escritor alguno de mas delicado gusto, y de juicio mas sólido y perspicaz que Quintiliano. De los modernos hay pocos, que se hayan ocupado en tratar de los discursos públicos. Juan Gerardo Vosio aglomeró en un volumen indigesto todas las trivialidades y cosas útiles de los griegos y los romanos. Ya queda hecha mención honrosa de los escritos de Fenelon sobre la oratoria. Rollin, Batteux, Crevier y Gibert pueden ser útiles; pero no tanto, que merezcan particular recomendacion. Véase la leccion xxx.

### CAPITULO XX.

#### *Mérito comparativo de los antiguos y modernos.*

No será importuno apuntar algunas observaciones sobre el mérito comparativo de los antiguos y modernos; á fin de que podamos asegurar, en que estriba la deferencia que generalmente se tiene á aquellos; y porque tales observaciones servirán para dar luz sobre algunas cosas que diré despues, acerca de los diferentes géneros de composicion.

Es un fenómeno digno de notarse, que á un mismo tiempo ha aparecido un gran número de escritores y de artistas generalmente célebres; mientras que en otras épocas apénas se ha contado alguno. Pueden señalarse algunas causas de esto. Bien obvias

son las causas morales; á saber, las circunstancias favorables del gobierno, y de las maneras, la proteccion de los grandes, y la emulacion. Ademas Dubos, en sus reflexiones sobre la poesia y la pintura, ha recogido una porcion de observaciones acerca del influjo que tienen en el ingenio, el aire, el clima, y otras causas naturales. Sean cualesquiera las causas, ha habido sin duda algunas épocas mas señaladas que otras en obras de ingenio.

Los sábios distinguen cuatro de estas afortunadas épocas: la 1.<sup>a</sup> la de los griegos, que alcanza hasta Alejandro: la 2.<sup>a</sup> la de los romanos desde Julio Cesar hasta Augusto: la 3.<sup>a</sup> de la restauracion de las letras, bajo los Papas Julio II. y Leon X: y la 4.<sup>a</sup> la de Luis XIV. Véase en la leccion xxxi. los hombres grandes comprendidos en estas épocas. Por antiguos se entienden, todos los que florecieron en las dos primeras desde Homero; y por modernos los que han sobresalido en las dos últimas, con inclusion de los que ha habido hasta nuestros dias. Hacer una comparacion entre estas dos clases de escritores es por necesidad cosa vaga, é incierta; por comprender tantos, y de tan diferentes especies y grados de ingenio: y fue una cuestion muy agitada en Francia entre Boileau, y madama Dacier de una parte que daban la preferencia á los antiguos, y Perrault y la Motte de otra que la daban á los modernos, llevándose al extremo unos y otros; como sucede en toda cuestion acalorada.

Haciendo una comparacion de las épocas

del mundo con las del hombre podemos asegurar con bastante fundamento, que si en las últimas se ha adelantado en ciencia y en gusto, se advierte en las primeras mas vigor, mas fuego, mas entusiasmo en el ingenio. La diferencia característica entre los poetas, oradores, é historiadores antiguos y modernos, está en que en los primeros se encuentran ideas mas elevadas, mayor sencillez, y un entusiasmo mas original: y en los segundos mucho mas arte y correccion, pero menos energia; haciendo sin embargo algunas escepciones, porque en entusiasmo poetico é ingenio original Shakespeare, Milton y Cervantes no ceden á ninguno de los antiguos.

Es de observar, que los antiguos se hallaron en circunstancias mas favorables para hacer esfuerzos singulares de ingenio. La erudicion era menos comun que ahora, y mas difícil de conseguir. Para hacer algunos progresos necesitaban viajar al Egipto, á los países del Oriente. En estas remotas tierras consultaban á los sacerdotes, á los filósofos, á los poetas, y cuantos habian adquirido fama de sábios. Volvian á su pais con descubrimientos, y prendados de los objetos nuevos que habian visto. El trabajo, que les habia costado adquirir estas noticias y sensaciones, era causa del entusiasmo que los inflamaba. Por este trabajo debian esperar mayores recompensas y honores que en el dia. Herodoto leyó su historia á toda la Grecia, junta en los juegos olimpicos: y tuvo la gloria de ser coronado públicamente. En la guerra del Peloponeso, derrotada la escuadra de los atenienses, se mandó pasar

á cuchillo á los prisioneros: y se perdonó la vida á los que recitaban algunos versos de Euripides.

En nuestros tiempos un buen escrito no pasa por obra difícil, ni muy grande, ni meritoria. Escribimos con toda comodidad; porque tenemos mas ausilios. La imprenta ha hecho communes, y de fácil adquisicion todos los libros; y la multitud de ausilios, lejos de favorecer los esfuerzos del genio, los desprime, segun opinion del ingles Guillermo Temple en su ensayo sobre los antiguos y modernos; en que se esplica de este modo. «Es muy probable que los hombres pierdan, en vez de ganar, con estos medios que debilitan su ingenio, formándose por el de otros; y que dejen de adquirir muchos conocimientos, que habrían sido originalmente suyos, por contentarse con saber los de otros que los han precedido. Asi aquel que se limita á copiar jamas será poeta: como jamas será rico el pueblo que confie mas en la caridad agena que en su propia industria.» «Y quien puede asegurar, ( prosigue ) que la erudicion no debilita aun la invencion en un hombre; á quien la naturaleza ha dotado de grandes talentos? ¿y que el peso, y la multitud de ideas y pensamientos de tantos otros no apaguen los nuestros; de la misma manera que una gran porcion de leña apaga una chispa, que habria llegado á ser un gran fuego? La fuerza del ánimo, igualmente que la del cuerpo, se aumenta mas con el calor del ejercicio, que con el de la ropa; y si este calor extraño es excesivo, hace á los hombres lánguidos; y debilita su constitucion.»

Para encontrar modelos excelentes en casi todos los géneros de composicion, necesitamos recurrir á algunos de los antiguos : y si queremos ideas mas exactas y completas en algunas partes de la filosofía , las hallaremos principalmente en los modernos. En la poesia épica, por ejemplo, no tenemos hasta el dia quien pueda compararse con Homero, y Virgilio. No encontramos tampoco oradores semejantes á Demóstenes y Ciceron. En cuanto á la historia , á pesar de algunos defectos por lo tocante á los planes , no hallamos una narracion tan elegante , tan pintoresca, tan animada, ni tan interesante , como las de Heródoto, Jenofonte, Tucídides, T. Livio, Salustio y Tácito. El modo de conducir un drama ha podido mejorarse alguna cosa : mas por lo que hace á la poesia , y al sentimiento, no tenemos quien iguale á Sófoeles, y Eurípides ; ni en la comedia un diálogo de la sencillez correcta , elegante y graciosa , del de Terencio. En vano buscamos elegias amorosas , como las de Tibulo , ni pastorales como las de Teócrito ; ni quien en la lirica pueda compararse con Horacio.

Pero no se ha de confundir el profundo respeto , que merecen los clásicos antiguos con el desprecio de todo lo moderno, y con aquella ciega veneracion de todas las obras escritas en griego y en latin ; que es lo que hacen los pedantes.

He hecho solo unos apuntes, bastantes á mi entender para la corta capacidad de los jóvenes. Si estos apetecieren mayor ilustracion , pueden recurrir á la *lección xxxi. ya citada.*

## CAPITULO XXI.

*Historia. Su unidad.*

LA division mas concisa de los diferentes géneros de composicion es, que unos están escritos en prosa y otros en verso. Como sujetos á distintas reglas piden ser examinados con separacion : y habiendo ya tratado de la elocuencia , ó discursos públicos de todas clases, pasaré al exámen de las obras históricas y filosóficas, las cartas, los romances , y novelas ; dejando para despues la poesia , y examinando de paso el caracter de los escritores que han sobresalido mas en prosa ó en verso, tanto antiguos como modernos.

Trataré primero, y con alguna estension, de la historia á causa de su dignidad.

Así como la obligacion del orador es persuadir ; la del historiador es recordar la verdad para instruccion de los hombres. Como este es el fin principal de la historia , las calidades esenciales del historiador deben ser la imparcialidad , la fidelidad , y la exactitud. No debe ser ni panegirista , ni satirico : antes contemplando á sangre fria los acontecimientos pasados, y el carácter de los hombres, debe presentar á los lectores una copia fiel de la naturaleza humana.

En el plan del historiador no deben entrar todos los hechos ; sino aquellos solos, de cuya aplicacion al estado presente podemos sacar alguna utilidad. Deben ser de consi-